



## CAPÍTULO OCTAVO

Proceso y muerte de los dantonistas.



DANTÓN descollaba sobre los revolucionarios en la Convención, como la palmera descuella sobre los lirios en el campo. Ciertamente el huracán le había como tronchado; pero de un momento á otro podía rehacerse al calor de un rayo de esperanza, y derribarlo todo al empuje de su titánico esfuerzo. Estos temores y lo colosal de su figura fueron la causa principal de su ruina. Sus relaciones con Robespierre iban siendo cada día más frías, al extremo de haberse alarmado los amigos de entrambos. Por iniciativa de Daubigny, adjunto del ministerio de la Guerra, Humbert los invitó á comer, al propósito de reconciliarlos. Parece ser que, durante la comida, Dantón instó á Robespierre á separarse de sus compañeros de comité, Saint-Just y Billaud-Varennes. «Es necesario, dijo, reprimir á los realistas, pero no confundir al inocente con el culpable.»—«Y ¿quien te ha dicho, respondió Robespierre, que se haya mandado inocentes á la muerte?» Se consiguió que los dos amigos se abrazasen, quedando la reconciliación realizada, al parecer. Observóse, sin embargo, que Dantón y los otros convidados se conmovieron; mas Robespierre se mantuvo frío «como el mármol.»

En la primera reunión que celebró el Comité de Salvación Pública, después de aquella sesión de la Convención en la que Robespierre hizo revocar, á disgusto de los dantonistas, el arresto de Heron, Billaud-Varennes, dijo lisamente: «Es preciso que Dantón muera.» Robespierre pegó un brinco y soltó un grito de espanto, diciendo: «¡Cómo, quieres tú perder á los mejores patriotas!» Tuvo en este instante Robespierre el presentimiento, la reve-

lación que no había tenido al derribar á Vergniaud y Brissot, de que todos los grandes jefes revolucionarios serían devorados los unos en pos de los otros. Saint-Just secundó á Billaud en la tarea de forzar la voluntad de Robespierre, y otro tanto hizo Collot d'Herbois, que había escapado á la ruina de sus amigos los hebertistas. No digamos de Barere, el cual había ido demasiado lejos para detenerse. En estas circunstancias, dos dantonistas, el peligroso Tallien, vuelto de su comisión en Bordeus, y el popular Legendre, fueron elevados, el uno á la presidencia de la Convención y el otro á la presidencia de los jacobinos, lo cual redobló la cólera de los terroristas del Comité y les proporcionó nuevos argumentos para doblar á Robespierre.

No era esto difícil de conseguir. Robespierre, principal causante de la muerte de los girondinos, pensaba deshacerse también de Dantón y de Camilo; pero le faltaba valor para llevar á efecto su deseo. La envidia le roía el alma. Dantón, fuera del Comité, se le aparecía como el instigador y jefe de aquella nueva oposición que perseguía al Gobierno con duras censuras y amargos chistes. Sentado frente á la tribuna, á la que tan á menudo subían los individuos del Comité, Dantón presentaba algo de amenazador y despreciativo á la vez. Su actitud, sus proyectos, repetidos de boca en boca, sus vínculos, todo daba á entender que, después de haberse aislado del Gobierno, se había erigido en censor suyo, y que se mantenía fuera como para embarazarle con su extensa y bien cimentada fama. Aunque menguada su popularidad, conservaba todavía una gran reputación de audacia y de genio político extraordinario; y no habiendo otro de su talla, era claro que, una vez inmolado, no quedaría ninguna figura sobresaliente fuera del Comité, y no digamos dentro, donde sólo había reputaciones secundarias. Por tanto, accediendo al sacrificio que se le proponía, Robespierre, de un golpe, destruía un rival invencible, aumentaba su fama de virtuoso derribando al representante acusado de haber buscado dinero y placeres, y, sobre todo, satisfacía su vanidad abriéndose el camino á la jefatura de la República. Repetimos, pues, que el gran jefe de los jacobinos había maquinado ya deshacerse de Dantón, pero no en el breve plazo que le proponían sus compañeros, cuya influencia se limitó á anticipar el terrible suceso. Si alguna duda quedase sobre el particular, la desvanecerían las notas que proporcionó á Saint-Just para que redactase el proyecto de acusación.

Transparentase en estas notas un pequeño esfuerzo para salvar á Camilo, á quien presenta como víctima, más bien que como cómplice, de Dantón y de Fabre d'Eglantine acusándole no más que de imaginación versátil y de vanidad. «Desmoulins, escribí, fué siempre leal y republicano, y si se dejó dominar por Dantón y por Fabre, á los que miraba como dos genios y dos patriotas, es porque éstos se sirvieron, para imponérsele, de medios propios de dos redomados hipócritas.» Entre los cargos contra Dantón, incluye hechos que son precisamente la justificación ó la excusa del gran tribuno ante la posteridad, como el haber apurado sus esfuerzos para evitar la ruptura con los girondinos, el haber tratado

CAPÍTULO OCTAVO  
Proceso y muerte de los dantonistas.

de salvar la vida á Luis XVI y el haber mirado con horror la revolución de treinta y uno de Mayo. Nada omite de lo que podía perjudicar á su antiguo amigo. Recoge y estampa sus ligerezas de palabra, la crudeza de sus expresiones, para presentarle como un desgraciado ajeno á toda idea moral, incapacitado de defender la libertad. Solamente le perdonó la acusación tan difundida de haberse vendido al ministro Montmorin y la del cacareado robo en Bélgica. Tampoco insiste en el supuesto delito de falsificación de Fabre, en quien sólo ve al «conspirador».

Saint Just modificó, envenenó, inflamó con su genio y con su odio los materiales que Robespierre le suministrara, y compuso aquella relación que había de sonar para siempre en la Historia como un toque á muertos. Hay que fijarse en el fondo de Saint-Just para comprender lo que le hizo cebarse tan ferozmente en Dantón. La oposición de caracteres y aspiraciones, causa de la antipatía entre Dantón y Robespierre, existía respecto de Saint-Just más briosa y violenta. No era éste, como Robespierre, austero por temperamento; había escrito, siendo muy joven, un poema licencioso; su austeridad era adquirida, obra de una voluntad de bronce; todo en él era esfuerzo y sistema, lo que le hacía tanto más duro é intolerante. Sentía, veía en Dantón y Desmoulins aspiraciones y conceptos inconciliables con los suyos. Aquéllos querían una República que hermanase con la libertad los placeres, la elegancia, la alta cultura intelectual de la antigua Francia; Saint-Just, más aún que Robespierre, se proponía sustituir á la corrupción del antiguo Régimen, creándola por la fuerza, una sociedad rígida, frugal, la misma que Rousseau soñara y que juzgara imposible. En la política exterior, Saint-Just se empeñaba en continuar la guerra á todo trance, no para conquistar una paz gloriosa, como deseaba Dantón, sino para destruir con la espada la vieja Europa. La actitud reservada del tribuno le tenía intranquilo; temía siempre el «despertar del león» que anunciaba Desmoulins, el «relámpago» que lo destruyese todo, y quiso prevenir el peligro sorprendiendo al león en el sueño. En cuanto á Camilo, espíritu y llama del partido dantonista, juntábase en Saint-Just, á la pasión política, un resentimiento personal por aquella frase que vertiera en la carta al general Dillon: «El caballero de Saint-Just llevaba la cabeza sobre sus hombros como un santo Sacramento»; á lo que cuéntase que respondió Saint-Just: «Y yo le haré llevar la suya en las manos como un San Dionisio.» Por haberle mortificado en aquella misma carta, recordándole la cobardía con que se condujera en el ejército del Norte, Billaud-Varennes odiaba también á Camilo, el cual fué abandonado, al fin, por Robespierre, como lo había sido Dantón.

Éste recibió aviso por diferentes conductos de lo que se tramaba contra él. Unos le aconsejaban combatir, atacar; y á éstos contestaba encogiéndose de hombros: «No hay que hacer nada. ¿Resistir? ¿Verter sangre? Bastante se ha vertido. Prefiero dar la mía. Prefiero ser guillotinado á guillotinar.» Otros le proponían huir, y exhalaba entonces su fervien-

te amor á la patria en una frase que recorrerá los siglos: ¿Acaso se lleva la patria en la suela de los zapatos? En el año noventa y dos, antes de Valmí, cuando se dudaba de poder detener la victoriosa marcha del enemigo, habiéndose propuesto en Consejo de ministros abandonar á París, Dantón dijo: «He hecho venir á mi madre, que tiene setenta años, y á mis dos hijos; antes que los prusianos entren en esta ciudad, mi familia perecerá conmigo.» Y, en verdad, no había para Dantón en el año noventa y cuatro refugio fuera de Francia, como no lo había visto él para Francia fuera de París en el año noventa y dos. El tribuno tenía que vencer ó perecer en su sitio. Para lo primero, no hizo lo que era menester. Sus implacables rivales marchaban delante sin vacilaciones, sin escrúpulo, mientras que él, cansado de la lucha, hastiado de la vida, con el remordimiento de Septiembre, con el dolor de la muerte de los girondinos, iba y venía del entusiasmo á la indolencia y el fastidio. Y si lograrse derribar á Robespierre y al Comité, pensaba en sus reflexiones, entonces la reacción ¿no acabaría con la República? Así, á cualquier punto que volvía la atención, en todos encontraba incertidumbre y tinieblas, y concluía siempre repitiendo la presuntuosa frase del duque de Guisa: «¡No se atreverán!»

El veintinueve de Marzo por la mañana, una mujer, la hermana de Marat, de rara energía, fué á buscarle á la Convención:—«El golpe está preparado, le dijo: lo sé por un empleado del Comité. Tómales la delantera, sube á la tribuna; la ocasión es propicia; Tallien preside. ¡Ataca!—Entonces, respondió, tendré que matar á Billaud y á Robespierre!—Ellos quieren tu cabeza. ¡Toma la suya!—¿Cómo, en el caso que me arrestasen, no sería absuelto por el Tribunal revolucionario y llevado en triunfo, como lo fué tu hermano?—No te fies; el Tribunal es esclavo de los Comités. ¡Sube á la tribuna! ¡Salva contigo, á tus amigos y á la República!—Así lo prometió Dantón; pero, al entrar en el salón, vió á Robespierre hablando afectuosamente con Desmoulins, y por si esto no bastase á desarmarle, Camilo le dijo que las murmuraciones que corrían no podían tener fundamento. Dantón desaprovechó esta ocasión postrera.

En la noche del veintinueve al treinta de Marzo, se llamó á junta á los Comités de Salvación Pública y de Seguridad general, y antes de que la sesión se abriese, Lindet y el anciano Rühl encargaron á Panis que fuese corriendo á avisar á Dantón del peligro que corría su vida. Hallábase Dantón en su casa, sentado á la chimenea de su cuarto de estudio, inclinado el cuerpo hacia la lumbre, abismado en hondas reflexiones; de vez en cuando, salía de su inmovilidad para atizar violentamente el fuego; luego, se le oía exhalar profundos suspiros y proferir palabras entrecortadas. A intervalos, se levantaba bruscamente, daba grandes pasos por el cuarto, y tomando en brazos al hijo de su alma, le abrazaba con emoción profunda. En esto llega Panis, emocionado, conturbado, suplicante; le transmite el aviso, y Dantón no se altera, sigue en la misma actitud, como si nada hubiese oído. Y sin embargo, el peligro arreciaba. La sesión se abrió leyendo Car-

not un plan que completaba los anteriores decretos relativos á la organización del Gobierno revolucionario, y en cuya virtud se suprimía el Ministerio, el Consejo ejecutivo, como entonces se decía, reemplazándolo por doce comisiones. Desaparecía, al fin, aquel ministerio de la Guerra, que había gastado, devorado recursos incalculables desde el noventa y dos, y que, por más que se le hubiese subordinado al Comité, había seguido oponiendo trabas á la iniciativa de Carnot. En manos de éste quedaba desde ahora todo lo concerniente á la organización y movilización de los ejércitos de tierra; en las de Prieur, todo lo concerniente á la fabricación de armas y de pólvora; en las de Lindet, los abastecimientos; en las de Saint-Andrée, la marina. En esta forma valía más que una gran victoria. Los taimados Robespierre y Saint-Just habíanse mostrado generosos, magnánimos, con el organizador de la victoria y sus ilustres auxiliares, con el pérfido fin de ganarlos á su política. No sin que Robespierre tirase para sí una buena parte, reuniendo en una de las comisiones la dirección de las administraciones, de la policía y la inspección de los tribunales, con lo que se aseguraba el dominio exclusivo en estos ramos. Cuando Carnot hubo conseguido la aprobación de su plan, avanzada ya la noche, se levantó Saint-Just y con voz pausada, con rostro inmóvil y sombrío, leyó un documento de siniestra elocuencia y de grandeza horrible. Empezó por este pensamiento:—«La Revolución está en el pueblo, no en el prestigio de éste ó aquél personaje. Esta idea verdadera es la fuente de la justicia y de la igualdad en el Estado libre;»—y acabó con este otro:—«Todas las reputaciones que se han desplomado, eran reputaciones usurpadas. No importa que el tiempo haya llevado diversas vanidades al cadalso, á la nada, con tal que la libertad quede. Así se aprenderá á ser modesto; así se marchará á la sólida gloria y al sólido bien, que es la probidad oscura. El pueblo francés nunca perderá su refutación.»—La conclusión que de esta premisa se desprende es segar, como facciosas, todas las cabezas que descuelen sobre este nivel de probidad oscura. ¡Qué bien cuadra aquí aquello de que no es oro todo lo que reluce! Las cabezas facciosas derribadas, quedará evidentemente alguna por encima de aquel nivel, alguna que no sea facciosa, á saber, las de Robespierre y Saint-Just, que por ahora no componen más que una. Esta finalidad la descubre Saint-Just en aquel grito de monstruosa ambición que se le escapa:—«El mundo está vacío desde los romanos.»—¿Cómo hacer revivir á estos y repoblar el mundo? Hé aquí la receta.—«Hay algo terrible en el amor de la patria, y consiste en que es de tal suerte exclusivo que lo sacrifica todo, sin piedad, sin espanto, sin respeto humano, al interés público. No se funda una República con miramientos, sino con el rigor feroz, inflexible, para con todos los traidores.»—¿Qué traidores? Después de Mirabeau, de Orleans, de la Fayette, de Dumouriez, de Brissot, de Vergniaud y sus cómplices, de Hebert y los suyos, los traidores son ahora Dantón, Desmoulins y sus amigos, es decir, toda la Revolución, menos Saint-Just y los que con él voten la muerte de los que no piensan como ellos. Fayettistas, girondinos, hebertistas, dan-

tonistas, todos son realistas y cómplices de los reyes ligados contra la República, todos han querido la monarquía para Orleans, ya que no para Luis XVII. Semeja esta relación una especie de romance monstruoso, cuya lectura causa vértigo.—«No esperéis paz en el Estado hasta que el último partidario de Orleans, hasta que la facción de los indulgentes, protegidos por la aristocracia, hasta que aquellos que han tomado parte en las traiciones, sin haber sido descubiertos hasta aquí, hayan desaparecido.» Y después de haber pedido tantas muertes, termina diciendo á la Convención:—«Cuando hayáis abolido las facciones, dad á esta República dulces costumbres. Franceses, sed dichosos y libres; amaos los unos á los otros: odia á todos los enemigos de la República, pero vivid en paz con vosotros mismos!»—Este enfático discurso tenía por objeto dorar una monstruosa píldora, que vertió al final, y fué, acusar á Dantón, Desmoulins, Sechelles, Philippeaux y Lacroix, como sospechosos de complicidad con Orleans, Dumouriez y Fabre d'Eglantine y por haber intervenido en la conspiración para restablecer la monarquía y destruir la representación nacional. No se conserva el proceso verbal de esta sesión fúnebre, pero se sabe que los individuos que no se hallaban en antecedentes, y eran la mayor parte, quedaron aturridos, anonadados. Fué menester deliberar dos veces para obtener mayoría.—«No tiene usted, observó Carnot, más que sospechas; ninguna prueba contra Dantón. No suscitemos sangrientas querellas ante los hombres que han trabajado juntos en fundar la República. Si abrimos el camino del cadalso á los representantes del pueblo, todos sucesivamente lo andaremos.»—Esto, no obstante, Carnot y Prieur, conforme á la regla que se habían impuesto de no romper la unidad del Gobierno revolucionario, cedieron y firmaron la relación, Lindet se negó.—«Yo estoy aquí, dijo, para nutrir á los ciudadanos, no para matar patriotas.»—Tampoco firmó el alsaciano Rühl, del Comité de Seguridad general. Los restantes suscribieron; en suma, diez y ocho firmas.

De madrugada, fueron arrestados Dantón, Camilo, Philippeaux y Lacroix. Hay en la vida días aciagos, en que las desgracias parece como que se empujan y amontonan. Camilo, á la hora en que se deliberaba en las Tullerías sobre su arresto, recibía carta de su padre participándole la muerte de su madre. Su desesperación era profunda, y tenía aún los ojos bañados en lágrimas, cuando el piquete de soldados encargado de arrestarle llamaba á la puerta de su casa. La primera palabra de Camilo, al oír el choque de las pesadas culatas de los fusiles contra el suelo, fué: «Vienen á prenderme.» Lucila le escuchaba y miraba demudada, desvanecida, como loca. Camilo tenía más calma de lo que se podía esperar: se vistió, abrazó á su hijo, tomó de la biblioteca *Las Noches*, de Young, y las *Meditaciones sobre las Tumbas*, de Harvey, apretó contra su pecho á su adorada mujer, que sollozaba, y partió. Fué llevado, con sus compañeros de infortunio, á la prisión del Luxemburgo. Profundo abatimiento le postraba; habríase dicho que se consideraba condenado de antemano. Philippeaux, como estoico, soportaba el golpe con resignación. El más se-

reno era Dantón, que vertía chistes punzantes y raras agudezas.—«Cuando los hombres hacen tonterías, decía, es menester saber reír.» «Os compadezco á todos, añadía dirigiéndose á los detenidos; si la razón no vuelve pronto, no habréis visto aún más que rosas.»—Al entrar Lacroix en la cárcel, Sechelles, que se hallaba jugando, abandonó la partida y corrió á abrazar á su amigo. Uno de los detenidos era Tomás Payne; al verle, Dantón se dirige á él, le saluda en inglés y le dice:—«Lo que tú has hecho para la dicha y la libertad de tu país, en vano he intentado hacerlo yo en el mío; he sido menos afortunado, pero no más culpable... Se me envía al cadalso; bueno, amigos míos, iré alegremente.»

La noticia del arresto de Dantón cayó como una bomba en la Convención. Legendre pidió que se permitiese á los diputados arrestados defenderse ante la Asamblea.—«Ciudadanos, dijo, cuatro diputados, compañeros nuestros, han sido detenidos esta noche... Declaro que tengo á Dantón por tan puro como á mí mismo... Temo que odios particulares y personales pasiones arranquen á la libertad los hombres que mejor le han servido. Dantón salvó á Francia en Septiembre del noventa y dos.»—Varias voces gritaron: «¡Se nos hace asesinar los unos á los otros!» Legendre daba en el clavo: permitir á Dantón hablar en la Convención era el medio más seguro de salvarle y desenmascarar á sus adversarios. Así hubo de comprenderlo Robespierre, el cual se lanzó á la tribuna.—«Por la perturbación, ha tiempo desconocida, que reina en esta Asamblea se ve que se trata de saber si algunos hombres deben ser puestos por cima de la patria. ¡Cómo! ¿Es posible que se haya efectuado cambio tan profundo en los principios profesados por los individuos de esta Asamblea, por aquellos, especialmente, que se sientan en este lado, los cuales se honran con haber sido los más intrépidos defensores de la libertad?.. Se trata hoy de saber si el interés de algunos hipócritas ambiciosos debe anteponerse al interés del pueblo francés. Legendre ha hablado de Dantón, porque cree que á este nombre va unido un privilegio. No; nosotros no queremos privilegios, no queremos ídolos.»—Esta frase es saludada con nutridos aplausos. ¡Aplaudíase la ruina del ídolo derribado por temor al que estaba en el candelero!—«La discusión que se acaba de empeñar es un atentado punible á la libertad y á la igualdad, poner en cuestión si hay que dispensar más favor á un ciudadano que á otro, es intrinsecamente la igualdad. Se habla de temores; mas yo digo que aquel que tiembla en este instante es culpable, porque nunca la inocencia temió la pública fiscalización.»—Estas palabras arrancan nuevos aplausos. Robespierre pasa á ponderar el valor de que ha necesitado para sacrificar á Dantón.—«A mí también se ha tratado de inspirarme temores. Los amigos de Dantón han intentado hacerme creer que sus peligros podían llegar á ser los míos. ¿Qué me importan á mí los peligros? Mi vida es de la patria.»—Por este discurso, hábilmente calculado, Robespierre asumía una solidaridad completa con Saint-Just y Billaud. La Montaña cedió ante la arrogante reprensión del jefe de los jacobinos, rechazando la proposición de Legendre.

El arcángel de la muerte, Saint-Just, sube á la tribuna y lee su terrible relación, aquella sarta de frías máximas de una filosofía espeluznante, que sacrificaba á una sociedad abstracta la sociedad real y viva. En sepulcral silencio se oyó la definición del amor sagrado de la patria, que lo inmola todo, que precipita á Manlio de la roca Tarpeya, lleva á Régulo á Cartago y ve, sin gemir, á Curtio arrojar en el golfo; la enumeración de las facciones destruidas y por destruir, ó sea, de los elementos de la revolución devorados los unos después de los otros, por aquel «Saturno», que, como había predicho Vergniaud, «se tragaba á todos sus hijos; la acusación, en fin, de las nuevas víctimas, llamando á Sechelle conspirador, á Dantón cobarde, vicioso á Camilo y á Fabre faccioso. Dispara sus dardos, sobre todo, contra Dantón, porque sabía que era como la columna que sostenía á Camilo, al que trata con desdén.—«¡Pobre Camilo!, dice Michelet con emoción profunda, ¡qué era sino delicada flor que florecía sobre Dantón, no pudiendo arrancarse al uno sino derribando al otro!»—«No debe quedar ya en la República, dice Saint-Just á la Convención más que el pueblo y vosotros.»—«¡Vosotros!, esto es, el cuerpo menos todas sus partes vivas. La convención acogió la relación de Saint-Just con *unánimes y multiplicados aplausos*. Nunca su servilismo y su cobardía habían llegado al extremo que ahora. Couthon, asombrado de su docilidad, exclamó: «la Convención va como los ejércitos, al paso de carga.»

Cuando los arrestados recibieron el acta de acusación, Camilo se puso furioso y comenzó á dar vueltas á grandes pasos por su cuarto; Philippeaux juntaba las manos y miraba al cielo; Dantón quedó sonriente y continuó en sus graciosos discreteos. Camilo escribió á su mujer desgarradoras cartas, las páginas más conmovedoras que han dictado á mano humana el amor profundo y el dolor, y que se leerán siempre con más emoción que las ficciones más encantadoras de los poetas. Por dos veces pide á Lucila que le envíe un libro «sobre la inmortalidad del alma,» probablemente el *Fedon* de Platón, que Catón había leído antes de morir. También le pide su retrato y un rizo de su cabello.—«Mi querida Lucila, por mis amores eternos, envíame tu retrato; que tu pintor tenga compasión de mí, que sufro por haberme compadecido demasiado del prójimo. En el horror de mi prisión, será para mí una fiesta, un día de embriaguez y de transporte, aquel en que reciba tu retrato; en el ínterin, envíame un rizo de tu cabello, para ponerlo junto á mi corazón.»—Tuvo el consuelo de hallarse con un amigo por vecino.—«He descubierto una rendija en mi cuarto, he aplicado la creja, he oído gemir, he aventurado algunas palabras y he oído la voz de un enfermo que sufría: me ha preguntado mi nombre, se lo he dicho.—¡Dios mío! ha exclamado al oír mi nombre, echándose otra vez en el lecho, del que se había levantado; y reconcí claramente la voz de Fabre d'Eglantine.—¡Sí, soy Fabre!, me ha dicho: ¿cómo tú aquí? ¿ha triunfado acaso la contra-revolución?»—Pero no osamos hablarlos de temor que el odio nos envíe este débil consuelo, y que si llegan á oírnos nos separan y encierran aún más estrechamente.»